

vina, central y universal poesía : Dios visto en todo, Dios en todo ser, Dios en todos los momentos. En la eterna poesía de Jesus, nada hay de local, nada de particular á la Judea, ni á la Galilea donde vive; nada de peculiar á la hora en que habla; sino por doquiera las grandes imágenes conocidas, cotidianas y universales, de todos tiempos y lugares, tan visibles en Occidente como en Oriente. Jamas su potestad creadora va á buscar espectáculos extraños, ni objetos singulares, ni el pormenor interminable de las descripciones; sino que de un solo rasgo, tomado de lo que está á vista de todos y sucede con mas frecuencia, va del hecho mas pequeño al eterno dechado y de toda la naturaleza á Dios.

El sufrimiento de la mujer que da á luz un hombre, y su gozo que la hace olvidar en seguida el sufrimiento.

El lirio, que viste Dios sin que él mismo trabaje y sin que sepa tejer ni hilar.

El germen que se desarrolla, ya duerma ó vele noche y dia el hombre.

El árbol estéril expuesto á ser cortado. El dinero confiado á los sirvientes que deben hacerlo producir.

La levadura mezclada con la pasta, que penetra en toda la masa.

El granito de mostaza que llega á hacerse un gran árbol.

El niño presentado como modelo con tanta frecuencia; el niño cuyo ángel ve en todo tiempo la faz del Padre; el niño que tributa á Dios la alabanza mas perfecta; el niño á quien el Padre revela la verdad que oculta á los sabios y prudentes; el niño á quien debemos asemejarnos para entrar en el reino del cielo.

¡ La rojez sombría del Oriente, la púrpura clara del Occidente! Esas señales del tiempo visible que la razon conoce, del propio modo que debe conocer y juzgar, por sí misma, las cosas de la justicia y los tiempos de la historia. *Quid autem et a vobis ipsis non judicatis quid justum est.*

¡ Y la semilla! ese símbolo del universo mismo, así como del alma. Y el prodigio de los gérmenes devorados y neutralizados por el mal; gérmenes que son palabras de Dios, pero que el alma libre acepta, desecha, desenvuelve ó hace abortar.

¡ En fin la zizaña y el buen grano! ¡ Hijos del reino de Dios ó hijos del mal! ¡ La gran leccion terrible y necesaria!

Con esa sencilla poesía « explica él y revela las « cosas ocultas debajo de la constitucion visible de este « mundo. » *Eructabo abscondita a constitutione mundi.*

V.

¡ Pero la belleza de la inteligencia no reside ante

todo en su poder de certeza? ¡La certeza! ¡la imperturbable perspicacidad! ¡Esa identidad de la fortaleza con el pensamiento! ¿Quién es el que posee esas fuerzas? Todas las inteligencias están fluctuantes y abandonan al primer choque sus convicciones. *Omne caput languidum, et omne cor mærens*, dice Isaías. Mas ved aquí que encuentro en Jesucristo la inmediata, la absoluta y divina certeza : suprema belleza intelectual.

Jesucristo tiene manifiestamente la intuición del globo y de la historia, del obstáculo y de la lucha. Ve lo que es y dice lo que debe ser con certeza inmediata y divina serenidad.

Jamas rey ha visto su imperio, ni jefe de ejército su campo de batalla, ni labrador su heredad, como Jesus ve el globo y en el globo la lucha de las fuerzas.

Está perfectamente seguro de lo que quiere, de lo que puede y de lo que hará. Lo ve, lo dice y lo hace.

¡Ah! si se comprendiese nada mas que lo que implica esta declaración : que el punto de la historia en que habla es el momento de la gran crisis del mundo! Esa es la mas clara de las profecías del mas divino de los hechos.

Lo que hoy en dia, despues de trascurridos dos mil años, reconocemos todos como la gran crisis de la historia, como el punto preciso en que cesa la antigüedad y comienza el mundo nuevo, ese punto del

tiempo es el mismo en que Jesus pronunciaba estas palabras : « Ahora es la crisis de este mundo ; » *νῦν κρίσις ἐστὶν τοῦ κόσμου τούτου* ¹.

Y esa crisis es la revolución misma que él opera ; ese mundo nuevo es el que funda él por medio de esta revolución.

Él veía, sentía que se efectuaba la crisis. Ahora, dice, va á ser juzgado el mundo ². Sentía en sí mismo, como hijo único de Dios, la fortaleza del Padre, y sentía, como hijo del hombre, su dignidad de juez del mundo. « Y le ha dado, dice, la potestad de juzgar, en cuanto es hijo del hombre ³. » Ve claramente su victoria sobre el principio de iniquidad : « El príncipe de este mundo va á ser lanzado fuera ⁴. « Yo he visto, dice, á Satanás caer del cielo á manera de relámpago ⁵. » Y mas tarde añade : « Tened confianza ; yo he vencido al mundo. » *Confidete, ego vici mundum* ⁶. Y en el mismo lugar : « Todo lo atraeré á mí. » *Omnia traham ad meipsum* ⁷.

El mundo antiguo está vencido, y el vencedor lo ve. El mundo nuevo está puesto en principio y en germen en nuestra tierra. Jesucristo mismo es este principio y este germen con los que le están unidos. El lo sabe y lo dice. « El reino de Dios está desde

¹ Joann., XII, 31. — ² Joann., XII, 31. — ³ Joann., V, 27. — ⁴ Joann., XII, 31. — ⁵ Luc, X, 18. — ⁶ Joann., XVI, 33. — ⁷ Joann., XII, 32.

ahora en medio de vosotros¹. » Él ve la sangre que sus mártires han de derramar para desenvolver el reino de Dios; ve la sangre que derramará él mismo, y no cesa de anunciarlo; ve el triunfo y la *resurreccion* en todos los sentidos de la palabra; sabe que sus discípulos enseñarán á todas las naciones, y anuncia que el reino de Dios crecerá por fases: tallo, yerba verde y luego espiga². Conservad este germen, dice, y luego conoceréis la verdad, y despues la verdad os hará libres³.

Tales serán en efecto las grandes fases de toda la civilizacion del globo.

Y ve venir la unidad cuyo principio y autor es y que debe conquistarlo todo: *Fiet unum ovile et unus Pastor*⁴ ¿ Por qué han tenido que malograrse todas las tentativas de unidad en el pasado? Porque eran hechas por *ladrones* ó por *mercenarios*, para devorar á los hombres abrumados bajo el peso de una falsa unidad. Á esos maestros no los conocen las almas: las almas libres y racionales no escuchan mas que una voz, la del pastor único que entra por la conciencia y no por ninguna otra puerta. Aquel no agobia á ninguna alma, pues las conoce á todas, las ama una por una y llama á cada cual por su nombre. *Vocat eas nominatim*⁵! Carácter esencial de la

¹ Luc, XI, 20. — ² Marc, IV, 28. — ³ Joann., VIII, 32. — ⁴ Joann., X, 16. — ⁵ Joann., X, 3.

unidad divina y verdadera, en la cual cada persona subsiste, es y vive en su propio nombre.

Y su inmenso espíritu que ni limita el tiempo ni el lugar, no está siquiera encadenado en el globo. Por lo que hace á mí, no me ofrece un momento de duda el sentido de estas palabras asombrosas, que solo puede comprender el hombre en nuestros dias, desde que Dios ha suscitado los verdaderos contempladores del cielo físico: « En la casa de mi Padre « hay muchas habitaciones. » *In domo patris mei mansiones multæ sunt*¹. Sí, hay otros mundos y otros grupos de espíritus inteligentes y libres. *Alias oves habeo et illas me oportet adducere*². Y tambien ellas son mis ovejas, las cuales debo recoger. Y yo voy á preparar lugar para vosotros. *Vado parare vobis locum*³. ¿ Quiere hablar el Cristo de las grandes transformaciones cósmicas á que conducen la vida y la muerte de los mundos? En todo caso anuncia la suprema unidad y la reunion eterna de todos los espíritus que aman á Dios: « ¡ Oh Padre! yo deseo « que aquellos que tú me has dado estén conmigo « allí mismo donde yo estoy; » *Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego et illi sint mecum*⁴. Estos pocos rasgos y otros mas indican en Jesucristo la

¹ Joann., XIV, 2. — ² Joann., X, 16. — ³ Joann., XIV, 2. — ⁴ Joann., XVII, 24.

intuición del universo entero, del propio modo que tiene la de todos los tiempos.

Sea lo que fuere respecto de este último punto, y ciñéndonos á lo que anuncia para esta tierra, se halla bien manifiesto que estas cosas que dijo, él y solo él es quien las opera y desenvuelve en e mundo, desde su venida acá. Suplico á todos los amantes de la verdad que mediten llenos de recogimiento estos hechos. No son meras palabras, sino hechos ciertos y permanentes que se deben pesar y comparar. Comparad, digo, los textos evangélicos que tenéis ahí á la vista, comparadlos con los grandes caracteres de la historia desde la venida del Cristo. Meditad vosotros mismos ese conjunto y ved con vuestros propios ojos. Lo digo en loor de los nobles corazones y de los profundos entendimientos que en Alemania, sobre todo de veinte años á esta parte, están meditando la ciencia de Jesucristo : ellos franquean á la mente una nueva via de meditacion y contemplacion de portentosa belleza y de admirable fecundidad, ciencia comparada de la verdadera religion y del fondo real de la historia.

Y eso es lo que ha resultado, como verdadera crítica y como verdadera ciencia, de la desenfrenada crítica negativa que parecia lo iba á desbaratar todo. Ese es el estado presente del pensamiento verdaderamente docto, despues de los esfuerzos mas

extremados de las negaciones radicales, y de las contradicciones de parte á parte y en todos sentidos. Como lo dicen nuestros hermanos de Alemania : « Jesus, visto á la luz creciente de la historia meditada, siempre aparece mas grande, siempre mas bello de lo que hubiera podido imaginarse. »

Hé ahí el último estado de la ciencia!

VII.

Pero no anticipemos. Estábamos meditando la belleza del espíritu humano del Salvador, y su enseñanza, á la vez divina y humana.

Ved aquí otros dos rasgos de esta suprema belleza : ¡ su veracidad absoluta! Por cierto que seria indecoroso nada mas que el mencionar la veracidad del Señor, si esta palabra quisiera decir abstension de mentira. Ni siquiera se comprende que, tratándose de Jesucristo, sea hable de no mentir. ¡ Mentir! eso pertenece á un mundo intelectual enteramente diferente, á un mundo radicalmente contrario al que habita el Cristo y habitan sus discípulos. Se lo pregunto á todo discípulo de Jesucristo, me interrogo á mí mismo. Si por conseguir mi objeto que es convertir el mundo entero á la justicia y la verdad fuera menester (hipótesis absurda) introducir en lo que escribo hoy, por ejemplo, una cita falsa, como la hermosa cita

latina de Ciceron que inventó é improvisó el cardenal de Retz ; si estuviera cierto de vencerlo todo con esta pequeña mentira que el mundo no debería conocer nunca, seguramente que no lo haria. Aunque se me amenazara con el hundimiento del mundo, no lo podría hacer. ¿Por qué? Porque hay en eso una especie de imposibilidad metafísica, de ruin y sacrílego absurdo, ante el cual me moriría de repugnancia ántes de abrir la boca. ¡ Introducir una mentira para fundar el reino de Dios! ¡ Concepcion satánica y necia! *Nunquid indiget Deus mendacio vestro, ut pro eo loquamini dolos?* « ¿Acaso tiene Dios necesidad de « vuestras mentiras, para que defendáis su conducta « con sofismas? » dice el libro de Job. (XIII, 7.)

Pero cuando hablo de la absoluta veracidad del Cristo, me refiero á aquella cuya ley da él mismo en estos términos : « Que vuestro modo de hablar sea : « sí, sí; ó NO, NO : que lo que pasa de esto, de mal « principio proviene. » ¿Habiais comprendido este precepto? ¿Conque es malo añadir la menor cosa á la mera afirmacion de la verdad? Sí, en el sentido en que lo dice el maestro. Sí, pues la palabra debe decir línea por línea lo que es, lo que se ve, lo que se toca. Todo lo que se dice de mas es ciertamente malo, porque es hablar en balde, es dar la palabra á la nada. ¡ Ah! falsos testigos de la palabra, escritores desventurados, ¿ qué hacéis vosotros que

osáis escribir sin ver, sin tocar, sin que haya ningun ser debajo de vuestras palabras? ¿Sois acaso los hijos del mal, los inspirados del vacío, enviados por el padre de la mentira?

Él ve las cosas que son y dice : « Esto es, » y nada mas. Por eso su inmensa doctrina que gobierna el mundo y lo gobernará hasta el fin, constituye el menor de los libros : todos sus discursos caben en diez páginas.

Prosigamos el análisis de los tres esplendores de su belleza. Acabamos de estudiar su luz. Sondeemos su fortaleza y su valor. En seguida osaremos aproximarnos al fuego de su amor.